

CHIRIF, Alberto y Manuel CORNEJO CHAPARRO (eds.). *Imaginario e imágenes de la época del caucho: los sucesos del Putumayo*. Lima: CAAAP, 2009.

Este libro nos guía a través de los imaginarios que se entretejieron, y continúan entretejiéndose, en torno a los sucesos y excesos (como suele decirse eufemísticamente) que llevaron a la muerte de más de 30 000 pobladores amazónicos durante el auge de la extracción cauchera en la cuenca este del río Putumayo. Es un libro sobre representaciones de la Nación peruana que nos remite a un amplio abanico de publicaciones, artículos de periódico, crónicas de viaje, fotografías, dibujos e informes oficiales provenientes de finales del siglo XIX a principios del siglo XX, que habían permanecido casi desconocidos y dispersos durante un siglo. Este libro los reúne, abordando las múltiples miradas y voces que los hechos del Putumayo generaron entre diferentes sectores de la población en la selva, Lima y el exterior.

De particular relevancia es la publicación por primera vez en castellano del informe completo del juez Rómulo Paredes, quien recibió el encargo del Estado peruano de averiguar la veracidad de los rumores sobre las torturas y los malos tratos a la población indígena. Este informe, producido en 1911, fue publicado en inglés en Inglaterra, pero en el Perú fue colocado en una gaveta y excluido de la discusión política y académica nacional. Su publicación completa en el artículo central de este libro nos permite finalmente tomar conocimiento de lo que el juez Paredes halló en su viaje por el gran río y preguntarnos por qué este brillante análisis de los factores que contribuían a lo que él llamó el «terror» en el Putumayo fue deliberadamente silenciado.

Fuera del Perú, sin embargo, el informe de Paredes tuvo una notable repercusión sobre las ciencias sociales. No sé si será el caso en el Perú, pero en las universidades de Estados Unidos, Inglaterra, y alrededor del mundo, el libro *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: un estudio del terror y la curación*, publicado originalmente en inglés por Michael Taussig en 1987, es un clásico, prácticamente una lectura obligatoria para los alumnos en ciencias sociales y humanidades. Es por medio de este libro que estudiantes de otros países se enteran de los hechos formativos de las repúblicas del Perú y Colombia sobre los cuales la gran mayoría de los peruanos no tiene ni la menor idea. Ciertamente, fue por medio de la lectura del libro de Taussig que yo misma tomé conocimiento de los sucesos del Putumayo cuando estudiaba en Inglaterra, porque en el colegio en Lima nunca se me había mencionado nada al respecto, ni tampoco en casa, a pesar de pertenecer a una familia que estuvo directamente involucrada en los debates

sobre el Putumayo y la negociación de la frontera colombo-peruana subsecuente a la pérdida de los territorios comprendidos entre los ríos Putumayo y Caquetá.

El trabajo de Taussig no es estrictamente un libro de historia. Es más bien un texto fundador de los estudios culturales que examina las representaciones pictóricas y las narrativas del terror en el Putumayo, ya que, según el autor, el punto clave a considerarse es que el terror suele ser algo que es contado por otros. La cuestión es, entonces, cómo escribir o representar el terror efectivamente para que los demás lo comprendan. Siguiendo las primicias metodológicas de Michel Foucault, diríamos que Taussig trata de extender una mirada histórica sobre una variedad de documentos del pasado para visualizar la manera como efectos de verdad son producidos en discursos, imágenes, textos, edificios, objetos, prácticas e instituciones, los cuales no son ni verdaderos ni falsos en sí, pero están animados por una voluntad de poder y un deseo de convencer al otro.

Taussig también busca explicaciones de las causas del terror en los textos sobre el Putumayo. Examina los escritos de Roger Casement, cónsul británico en Manaos, quien en 1910 fue encargado por su gobierno de realizar un informe sobre las denuncias de los abusos cometidos por los trabajadores del consorcio Peruano-Británico The Peruvian Amazon Rubber Company, anteriormente llamado Casa Arana cuando era una empresa peruana. En el informe de Casement, Taussig encuentra una proliferación de descripciones del terror: correrías, esclavitud, desplazamientos, tortura, violación, asesinatos, hambre, enfermedades y desarticulación social que arrasaron con la población uitoto, bora, andoke, ocaina y muinane del lugar. Pero no encuentra la razón de tanto terror. Según Casement, los excesos del Putumayo se debieron a la escasez de mano de obra, que llevó a los jefes de la compañía —provenientes de diferentes lugares del Perú— y a los capataces traídos de Barbados, a ejercer la violencia para capturar trabajadores indígenas e imponerles un régimen forzado de recolección del caucho. Taussig halla esta idea inadecuada, puesto que no permite comprender por qué se exterminó masivamente a los trabajadores indígenas si estos eran escasos.

La razón del terror, Taussig la encuentra en el informe del enviado del Estado peruano, el juez Rómulo Paredes. Es de este jurista que Taussig toma las ideas que lo consagraron como uno de los más innovadores intelectuales contemporáneos sobre la guerra, la agresión colectiva y el terror. La tesis de Paredes, que Taussig esposó, es que las causas del terror residen en el terror mismo, es decir, en el establecimiento de una cultura del terror, de un espacio y un imaginario de muerte que llevó a los trabajadores de la Peruvian Amazon Rubber Company a vivir obsesionados con la muerte. En su informe, Paredes examina los detalles

del funcionamiento del terror en el Putumayo incorporando una diversidad de factores, tales como el bagaje étnico-social, las expectativas económicas y las privaciones afectivas de los diferentes niveles de trabajadores de la compañía: los altos funcionarios limeños, los administradores mestizos costeños, los capataces afrocaribeños y los «muchachos» locales, miembros de la población indígena que colaboraron como informantes para la compañía.

El brillante análisis de Paredes no apunta el dedo culpando del terror a personas individuales, pero sí informa sobre las evidencias de los abusos cometidos mostrando la lógica que los generó y sostuvo durante casi tres décadas de apogeo cauchero. Sin embargo su informe, lejos de recibir el reconocimiento que merecía, fue silenciado por la élite política, que se rehusó a aceptar la realidad del maltrato a la población indígena, alegando defender los intereses soberanos del país y la reputación de individuos ensalzados por su patriotismo, especialmente Julio César Arana, cabeza de la Peruvian Amazon Rubber Company, a pesar de que él había evidentemente optado por priorizar intereses extranjeros al hacer de su compañía un consorcio peruano-británico registrado en Londres.

Con la publicación en el Perú del informe del juez Paredes se levanta el telón sobre un escenario histórico nacional mantenido bajo cubierta por mucho tiempo. Tal vez por eso, la carátula del libro *Imaginario e imágenes de la época del caucho: los sucesos del Putumayo* se asemeja a una cortina de gala roja en la que está proyectada una imagen, a modo de los cinematógrafos de principios del siglo XX. Es una foto del cineasta brasileño Silvino Santos, pionero documentalista de América Latina, casado con la hija adoptiva de Arana. La fotografía lo muestra parado en una escalera, con las manos en la cámara, al lado de su esposa, y rodeado por los jefes y peones de la Peruvian Amazon Rubber Company, a punto de filmar una escena de una danza ritual indígena. Poco sabía yo que el Putumayo también había sido uno de los primeros escenarios en el mundo en que el género del reportaje documental había dado sus balbuceos. Esta portada nos hace despertar al ensueño de las representaciones del caucho. Con cada nueva imagen, cada nuevo texto, el lector queda capturado por la complejidad de los imaginarios ocultados y ahora revelados.

El artículo de Jean Pierre Chaumeil, «Guerra de imágenes en el Putumayo», nos habla de los montajes, la autenticidad construida y las disputas por la autoría de las imágenes tomadas por varios viajeros extranjeros que pasaron por el Putumayo: Lira, Wiffens, Robuchon, que fotografiaron a los pobladores indígenas ya sea para servir de propaganda a la Peruvian Amazon Rubber Company o para sustentar las denuncias de maltratos y muerte. El artículo hace recalcar la fasci-

nación de estos fotógrafos con el cuerpo desnudo de los pobladores. Los nativos, que eran vestidos con ropas occidentales en el día a día para verse decentes ante los patrones (camisa y pantalón para los hombres, vestidos para las mujeres, o túnicas de *cushma* para ambos), eran desvestidos a propósito ante las cámaras, aunque manteniendo cubierto el sexo por pudor cristiano. Las imágenes de estos cuerpos exóticamente pintados con diseños geométricos eran ávidamente consumidas por el público de las ciudades de América Latina y Europa. Chaumeil muestra que mientras en las primeras fotografías se ven mujeres con las nalgas y el estómago pintados, en las fotos posteriores se ven también hombres con el pecho y la espalda pintados. Todo parece indicar que la demanda por imágenes de cuerpos decorados llevó a la generalización del uso de la pintura corporal. Esta supuesta tradición indígena habría sido, entonces, fomentada y expandida por las necesidades de propaganda de la Peruvian Amazon Rubber Company, e irónicamente, hoy en día se habría constituido como patrimonio cultural de los descendientes de aquellos que sufrieron a manos de la compañía.

El artículo de Manuel Cornejo Chaparro y María Eugenia Illia nos revela otras voces, otras imágenes, provenientes no de los extranjeros sino de los limeños y otros visitantes peruanos, así como de los indígenas de la época y sus herederos en la actualidad. El artículo analiza las miradas lejanas que esbozan la «ausencia presente» de la Amazonía en el poema la *Leyenda del caucho* de Carlos Germán Amézaga y la novela *la Ciudad de los Reyes* de Pedro Dávalos, en los artículos de periódico, y en las revistas y las tarjetas postales limeñas de la época. Esta imaginería es puesta en contraste con los testimonios indígenas expresados en la pintura narrativa contemporánea de jóvenes artistas borra y uitoto, como Víctor Churay, Rember Yahuarcani, y varios más. El testimonio de Aurelio Rojas, profesor uitoto de principios del siglo XX, abre un nuevo repliegue histórico revelando las iniciativas políticas y la capacidad organizativa de la población indígena. Nos cuenta el desenlace de una rebelión sucedida en 1915, encabezada por los curacas Gurai y Sogaima quienes tomaron de asalto un almacén de la compañía. Para lograr su cometido utilizaron una artimaña teatral inspirada en las costumbres de sus patrones. Colocando en escena un simulacro de entrega de cartas, consiguieron engañar a sus opresores y apoderarse de sus bienes. Pero la rebelión fue aplastada, en parte debido a las divisiones internas y la presencia de «muchachos» soplones que delataron a los líderes indígenas. Estos hechos nos hacen reflexionar sobre la agencialidad histórica indígena y los procesos de separatismo internos generados en respuesta a las estrategias divisionistas de la compañía.

Hilvanando los hilos entre el pasado, el presente y el futuro, las tres contribuciones de Alberto Chirif al principio, la mitad y el final del libro marcan la pausa, siempre mostrando la relevancia de los sucesos del Putumayo para la identidad nacional de ayer y hoy: la cuestión del Otro, de lo amazónico como un ser peligroso; la necesidad de civilizar ese Otro, hoy en día reformulada en términos de modernización; el ocultamiento del exterminio tras el discurso de la defensa de la soberanía nacional; la ceguera de quienes no quieren ver en los pobladores indígenas amazónicos a genuinos habitantes de las fronteras vivas del Perú. Chirif nos habla de la impotencia de diversos personajes políticos peruanos, como Valcárcel, que acompañaron el trabajo del juez Paredes y se enfrentaron a Rey de Castro y otros peces gordos de la oligarquía de la época, quienes defendían a capa y espada el patriotismo de Julio César Arana. El informe de Paredes también se cuida de no perjudicar los intereses de la soberanía peruana pero, según él, el mayor peligro estaba en permitir que se perpetuaran los abusos a la población indígena, no en aceptar su existencia.

La valiosa información que nos brinda este libro permite vislumbrar las intenciones a doble filo de las élites económicas enriquecidas con la extracción de los recursos naturales del territorio nacional, que manipulan el discurso nacionalista pero actúan de manera evidentemente ambivalente. Si Arana era tan patriota y cumplía el rol de asegurar la presencia peruana al este del Putumayo, ¿por qué trasladó el registro de su compañía a Inglaterra? De haber mantenido el registro de la Casa Arana en el Perú, el gobierno inglés no hubiera tenido tal potestad para intervenir sobre su funcionamiento en el Putumayo y, tal vez, la resolución de los conflictos fronterizos entre Perú y Colombia hubiera sido diferente. La relevancia del caso cauchero para sopesar la tela de fondo política tras la actual economía extractivista y desarrollista, impuesta en la Amazonía desde Lima, sin la implementación de mecanismos de consulta a la población indígena adecuados, es inquietante.

Finalmente, nuestro recorrido por los imaginarios sobre el caucho es completado con un pequeño recorrido fotográfico realizado por un colombiano, Juan Álvaro Echeverri, que como bien dice el autor en el título es algo obtuso, pero también algo conmovedor. Se trata de una visita a las ruinas de la casa de Julio César Arana en la Chorrera, en el actual territorio colombiano. El texto que acompaña las fotos concluye contándonos el insólito destino de este edificio que en los últimos años fue renovado por el gobierno de Colombia y entregado a la población indígena, descendiente de los sobrevivientes de los excesos de la Peruvian Amazon Rubber Company, para ser un centro cultural en celebración de «la libertad». Pero, según

los propios pobladores, el edificio tendría un mejor uso si fuese transformado en hospedaje para albergar a los turistas que llegan al lugar. Así es como los imaginarios sobre los sucesos del Putumayo continúan transformándose.

Luisa Elvira Belaunde